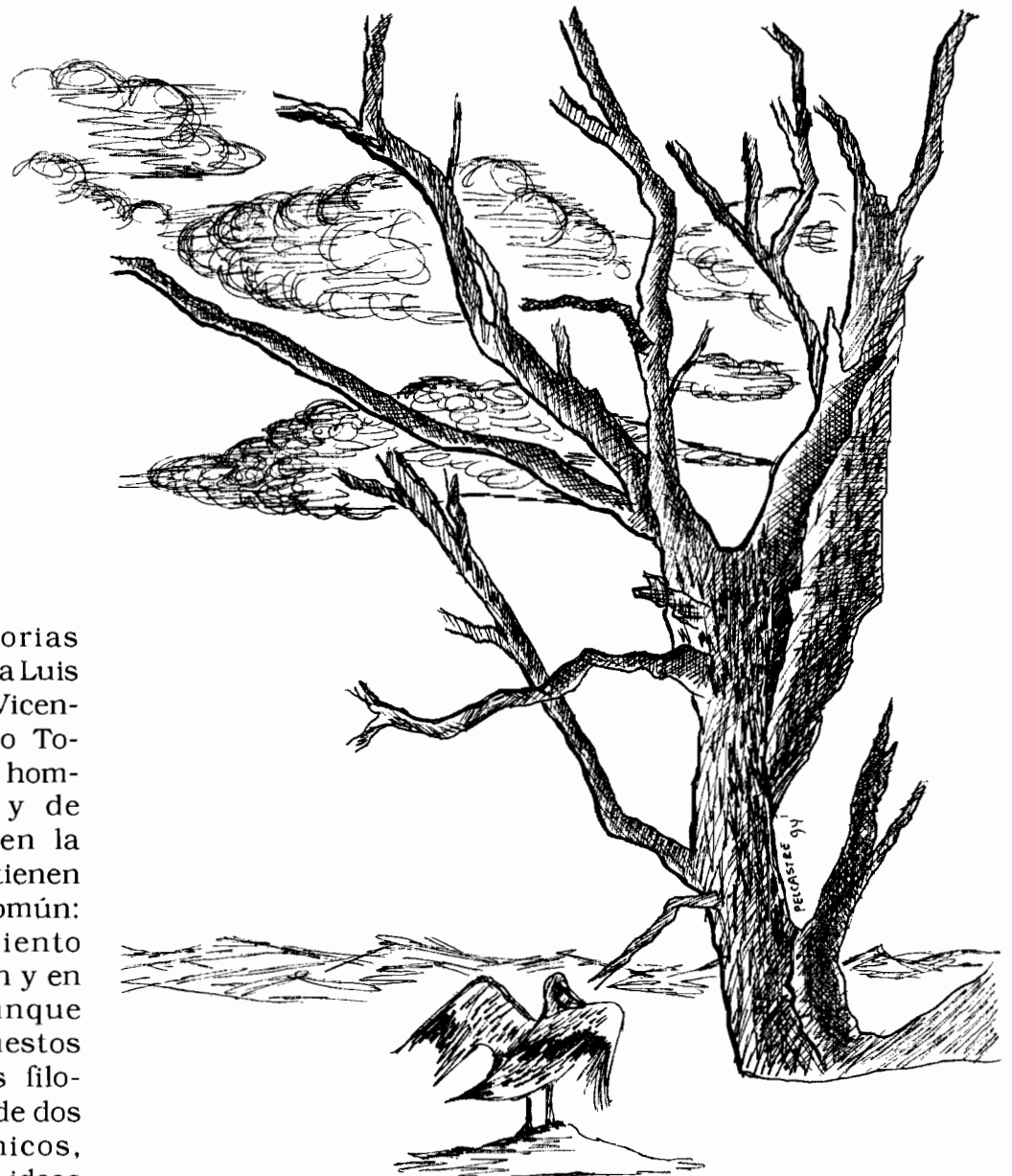


Mora y Lombardo, Dos Vidas Paralelas en la Historia de México

Profr. Francisco Leonardo Saavedra

Investigador del Instituto de Investigaciones Legislativas



Las trayectorias de José María Luis Mora y de Vicente Lombardo Toledano, dos hombres excepcionales y de gran trascendencia en la historia de México, tienen algunos rasgos en común: en su desenvolvimiento personal, en su acción y en su patriotismo, aunque diametralmente opuestos en sus concepciones filosóficas, pues se trata de dos intelectuales orgánicos, consecuentes con las ideas

más avanzadas de su época.

El primero de ellos nació en una familia acomodada de Chamacuero—hoy Ciudad Comonfort—en el estado de Guanajuato, en el mes de octubre de 1794. El segundo, también nació en una familia acomodada, pero en la ciudad de Teziutlán, Puebla, en el mes de julio, 100 años después; es decir, en 1894. De tal manera que este año se celebra el bicentenario del natalicio de Mora y el centenario del natalicio de Lombardo.

El tiempo en el que les tocó actuar fue, en el caso de Mora, las primeras 5 décadas del Siglo XIX y, en el caso de Lombardo, casi 7 décadas del Siglo XX. Ambos fueron impactados, cuando apenas contaban con 16 años, por los grandes movimientos revolucionarios de principios de siglo; el primero con la guerra de Independencia, y el segundo, con la Revolución Mexicana.

Miembros de dos generaciones que presenciaron la caída de los sistemas políticos en los que nacieron, aunque con la diferencia de que el movimiento independentista, respecto de la Corona Española, no liquidó las estructuras económicas, las que, en cierta medida, se fortalecieron, sobre todo en cuanto

al aumento de las propiedades de la iglesia. En cambio, la revuelta de 1910 sí sentó las bases para transformar el régimen económico.

A pesar de los 100 años de diferencia, la formación económico-social predominante en el México de la primera década del Siglo XIX y la primera década del XX, seguía siendo esencialmente la misma, basada en relaciones sociales de producción y dependencia personal, caracterizadas por el esquema semifeudal y esclavista, más acentuadamente al finalizar la etapa colonial, que en los últimos años del porfiriato, porque a pesar de todas las dificultades en medio de esa estructura, se fueron abriendo paso las relaciones capitalistas de producción, como resultado de la combinación entre el desenvolvimiento económico interno y el impacto del desarrollo económico internacional, sobre todo con la aparición del imperialismo en las últimas décadas del siglo pasado, que dio un gran impulso a la economía burguesa en varias ramas económicas de México.

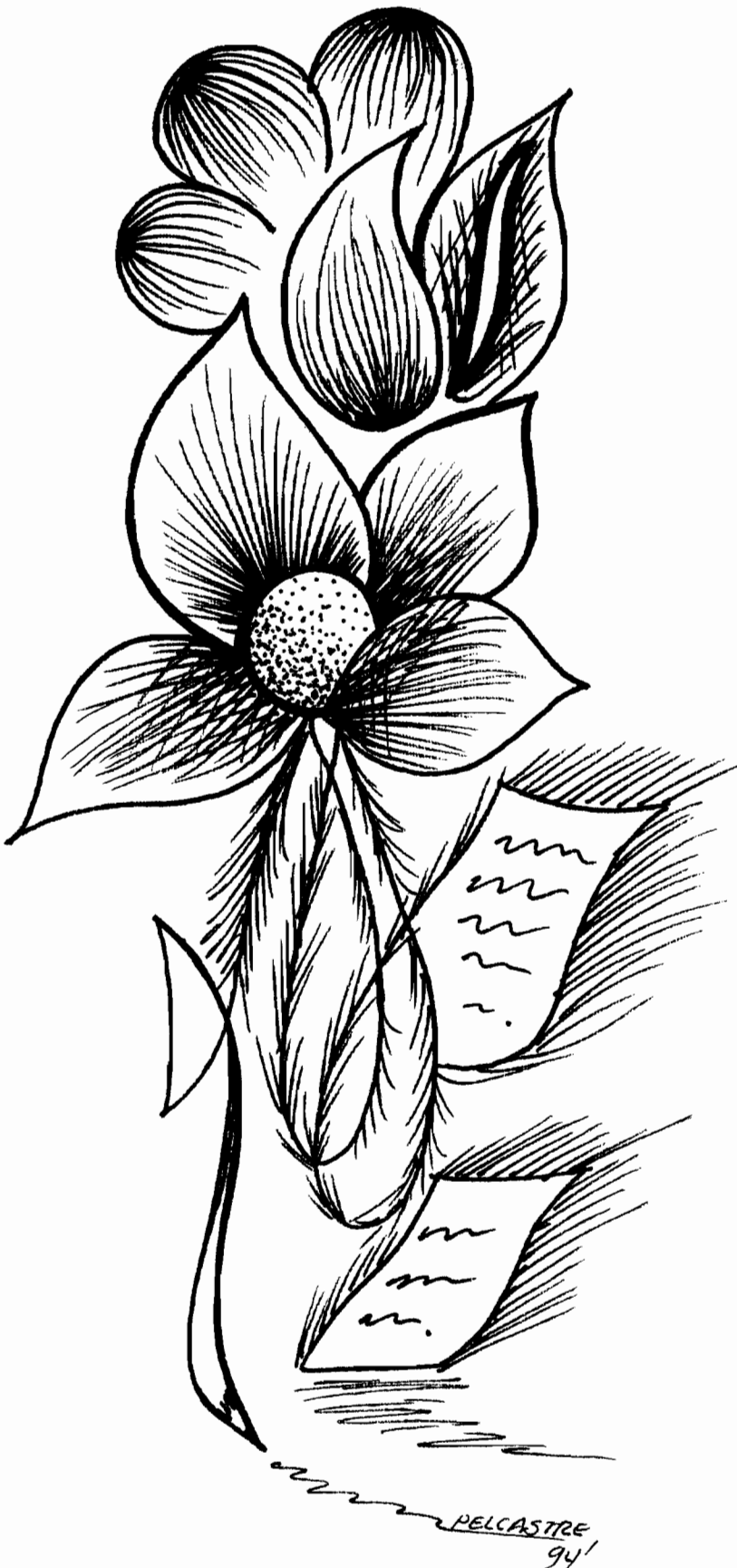
También hay que señalar que primero se trató de un enclave económico de la Corona Española, y luego de un enclave económico del

imperialismo, principalmente norteamericano.

Estas condiciones estructurales, unidas a épocas de desarrollo político e ideológico diferentes, pues en 1810 se trataba de una colonia con lazos políticos basados en un régimen monárquico y en 1910, desde el punto de vista formal, existía un régimen republicano, federal y popular, aunque con una práctica elevadamente centralizada, pero con un Estado-Nación ya formado, le daban un perfil diferente a cada una de las etapas señaladas.

Correspondieron a dichas etapas de desenvolvimiento económico y político, distintos momentos del desenvolvimiento social e ideológico. Primero, una sociedad dividida en razas y castas, en la que los grandes propietarios de la tierra, de las minas, del comercio y de los obrajes eran predominantemente los peninsulares en la cúspide de una pirámide social que tenía en su base a las castas y a otras razas con lazos de dominación personal. Correlativamente una estructura política, administrativa, civil y eclesiástica que expresaba la misma situación piramidal.

En la parte superestructural, una ideología dominante bajo la cosmo-



visión de la filosofía tomista y del derecho canónico. Mientras en los momentos que estalla la Revolución Mexicana, una alianza de mestizos y extranjeros (norteamericanos, ingleses y franceses principalmente) dominante, con calidad de terratenientes, industriales, banqueros, grandes comerciantes y elementos de la alta jerarquía eclesiástica, también en la cúspide de la pirámide, con una base muy amplia de campesinos e indios sometidos en calidad de peones, obreros, esclavos de las plantaciones de tabaco, henequén, etc; con una estructura política que negaba los principios liberales en los que decía sustentarse y con una expresión ideológica oficial que tenía como fundamento el positivismo comtiano y el evolucionismo spenceriano. Estos son los escenarios en los que se desarrollaron y actuaron estos pensadores para coadyuvar a transformarlos.

El Dr. Mora y el Dr. Lombardo Toledano se formaron en las instituciones educativas más prestigiadas de su tiempo. El primero, en el Colegio de San Ildefonso y luego en la Real y Pontificia Universidad de México; y el otro, en la Preparatoria Nacional y después en la Universidad Nacional de México. Mora, bajo la orientación filosófica oficial, pero en un

ambiente cultural en el que los vientos renovadores del jusnaturalismo y del liberalismo inglés y francés ya soplaban, mejorando la atmósfera del enrarecido ambiente de los principios tomistas.

Lombardo, como preparatoriano, recibió la sólida formación del positivismo barrediano y luego, el idealismo de la visión espiritualista predominante en la escuela de altos estudios. Los dos, alumnos destacados. Mora con sus calificaciones de "especialmente bien" y Lombardo recibiendo un reconocimiento de manos del dictador Porfirio Díaz como alumno de excelencia en la preparatoria y, posteriormente, como miembro del Grupo de los Siete Sabios en la Universidad.

Los dos empezaron —a partir de los años 20 de su siglo— a alejarse de las posiciones ideológicas en las que fueron formados; Mora, bajo el influjo de una profunda lucha de clases entre las que él mismo definía como el partido del progreso y el partido del retroceso. Es decir, entre los que pretendían implantar una sociedad moderna para su época y quienes deseaban regresar a las estructuras políticas anteriores y prolongar, para siempre, las

estructuras económicas de la Colonia.

Lombardo, en el marco de la reconstrucción del país, y también de una profunda lucha de clases, entre quienes querían avanzar en la aplicación de los principios fundamentales de la Revolución Mexicana, y quienes suspiraban por el régimen porfirista, o al menos, ponían obstáculos al avance revolucionario del país.

Mora, entusiasmado con el liberalismo y el jusnaturalismo cuando ya había obtenido el título de Doctor en Teología, en julio de 1820, inicia en los primeros años de esa década sus estudios para obtener el grado de abogado, lo cual consigue en 1825; por otro lado, funda la cátedra de

Economía Política en el Colegio de San Ildefonso. Lombardo, por su parte, no sólo se aleja de las posiciones espiritualistas de su maestro Antonio Caso, sino que rompe totalmente con su formación anterior e inicia un estudio solitario del marxismo leninismo, gracias a su acercamiento con la clase obrera, la cual se había iniciado desde los años de 1915 y 1916.

Mora, como liberal, republicano y federalista militó en el Partido Escocés. En las primeras elecciones fue designado para integrar la diputación provincial de México; también figuró como diputado constituyente del Estado de México, donde influyó, de una manera determinante, en la formulación de la



primera constitución de esa entidad. Como periodista, estuvo al frente de la redacción del Seminario Político y Literario; colaboró en los periódicos El Sol, El Águila y La Libertad, así como en el Observador y publicó: El Indicador de la Federación Mexicana. Su obra escrita está recopilada principalmente en sus Obras y en México y sus Revoluciones.

Lombardo Toledano fue tres veces diputado federal, dos por el Partido Laborista en los años 20 y una por el Partido Popular Socialista, en la XLVI Legislatura. Editorialista del diario: El Heraldo de México; en 1919 colaborador en el Excelsior, colaborador en El Universal, colaborador en la revista CROM; fundador y director de El Popular; colaborador en la revista francesa Democratie Nouvelle; colaborador en la revista Hoy, colaborador de la revista Siempre; colaborador de importantes revistas de Europa, Asia y América. Fue un escritor muy fecundo. Sus obras —recopiladas hasta hoy— la integran más de 100 volúmenes.

Mora, desde la perspectiva del liberalismo, encontró que los más formidables obstáculos para el progreso del país los constituían: la gran propiedad

concentrada en manos de la iglesia; los privilegios del clero y de la milicia; las restringidas libertades individuales y el monopolio que ejercía el clero en materia educativa, pero sobre todo le preocupó la educación superior.

En México y sus Revoluciones, afirmaba con respecto a la concentración de la propiedad:

Nuestra riqueza territorial se puede dividir en tres ramas, a saber: fincas urbanas, fincas rústicas y minas. Entre las fincas urbanas noventa de cada ciento pertenecen al clero por su valor y por su título, pues no sólo es dueño del capital, sino que disfruta el dominio directo de ellas; de las pocas fincas urbanas restantes, los particulares tienen el título de dueños, pero su valor real pertenece también al clero en todo o en parte, por los capitales que en ellas y sobre ellas se le reconocen.

Las fincas rústicas, si bien casi todas llevan el nombre y título de dominio particular, realmente no son sino del clero, puesto que en muchas le pertenecen los capitales que constituyen su valor, y en casi todas una parte la más considerable de ellos, con la ventaja notabilísima a favor del clero, de no estar expuesto a los riesgos y contingencias de pérdidas muy comunes y probables en tiempos de

turbaciones públicas que todas pesan sobre el que lleva el título de las tierras que, por lo común, acaban por arruinarlo.¹

En consecuencia, y como liberal convencido, planteaba la desamortización de los bienes eclesiásticos como una condición para que este país se desarrollara, pues consideraba que sólo la constitución de una sociedad, basada en una gran cantidad de pequeños propietarios, podría crear las condiciones materiales para el progreso.

Del clero expresaba Mora lo siguiente:

El clero siente una repugnancia invencible por la tolerancia de cultos, la libertad del pensamiento y de la prensa, porque estos principios y las instituciones que de ellos emanan son tales que destruyen o debilitan su imperio sobre las conciencias; detesta la igualdad legal, que hace desaparecer los fueros y jerarquías, y acaba con el poder y consideración que éstos y aquellas proporcionan a su clase; resiste el arreglo del estado civil de los ciudadanos, que le quita la influencia sobre los principales actos de la vida y sobre la suerte de las familias en nacimientos, casamientos y entierros.²

Al referirse a la milicia decía:

La segunda clase privilegiada que su Metrópoli ha legado a la República Mexicana es la milicia, tan incompatible con el sistema representativo como con la forma federal y por lo mismo en oposición abierta como el clero con la Constitución de la República.³

Estas dos fuerzas determinantes en la sociedad mexicana representaban los más grandes obstáculos para el pleno ejercicio de las libertades individuales, las que, como liberal consecuente, Mora impulsaba. Cabe agregar también su oposición al artículo 3º Constitucional (de la Constitución de 1824) que establecía a la religión Católica, Apostólica y Romana, como la religión oficial del Estado mexicano, por lo que se puede definir a este gran mexicano como un hombre demócrata y contrario a la intolerancia.

La obra educativa de Mora fue realmente relevante, como fundador de instituciones y como crítico de los vicios educativos de su época. Él, estuvo detrás de las reformas que se hicieron, cuando llegó a la vicepresidencia de la República, por primera vez, don Valentín Gómez Farías, en 1833. Los demolidores juicios que le hizo a la Real y Pontificia Universidad de

México provocaron el cierre de ésta por inútil, irreformable y pernicioso. Su concepción del nuevo hombre, el hombre del México independiente, fue de un ciudadano "positivo"; es decir, con una formación científica, respetuoso de las leyes, patriota y libre de prejuicios.

Es difícil capturar en pocos párrafos el pensamiento y la acción de Vicente Lombardo Toledano, por su larga y fecunda trayectoria, pues le tocó vivir grandes transformaciones en México y en el mundo. Piénsese, por ejemplo, que no sólo le tocó presenciar el desarrollo y el triunfo de la Revolución Mexicana, sino también le tocó vivir, aunque de lejos, la Primera Guerra Mundial, el triunfo de la Revolución Bolchevique; la construcción del socialismo en la ex URSS; la crisis del 29; la Segunda Guerra Mundial; el surgimiento de China Popular y de todo un bloque socialista; la Guerra Fria; la caída de viejos colonialismos; las guerras locales como la de Corea, la de Vietnam; el arribo de Fidel Castro al poder en Cuba y el desarrollo del socialismo en ese país; las múltiples invasiones norteamericanas en América Latina, entre otras muchas cosas.

En México, le tocó vivir intensamente el surgimiento de la CROM, la reconstrucción del país en los años 20; el Maximato, la construcción de los más grandes sindicatos y de las más grandes centrales obreras de las que fue dirigente; el enfrentamiento Calles-Cárdenas; la economía de guerra; el arribo de Miguel Alemán; su candidatura a la presidencia; el desarrollo estabilizador, etc. Sobre estos grandes temas tuvo siempre una opinión, un análisis, un estudio, una enseñanza o una acción concreta, consecuente con sus planteamientos marxistas-leninistas. Por ello, a Lombardo hay que verlo en la dialéctica del desenvolvimiento del mundo y de México, y así hay que valorar su pensamiento y acción.

Sin embargo, y con el riesgo de caer en la simpleza de un esquematismo, me atrevo a decir que así como Mora señaló y combatió a lo que él llamó el partido del retroceso, Lombardo identificó y combatió con pasión los fenómenos y sectores que se constituyeron en una retranca para el progreso del país. Entre los mayores obstáculos destacaba al imperialismo, principalmente al norteamericano; al clero, a las diversas expresiones políticas de la derecha, a las

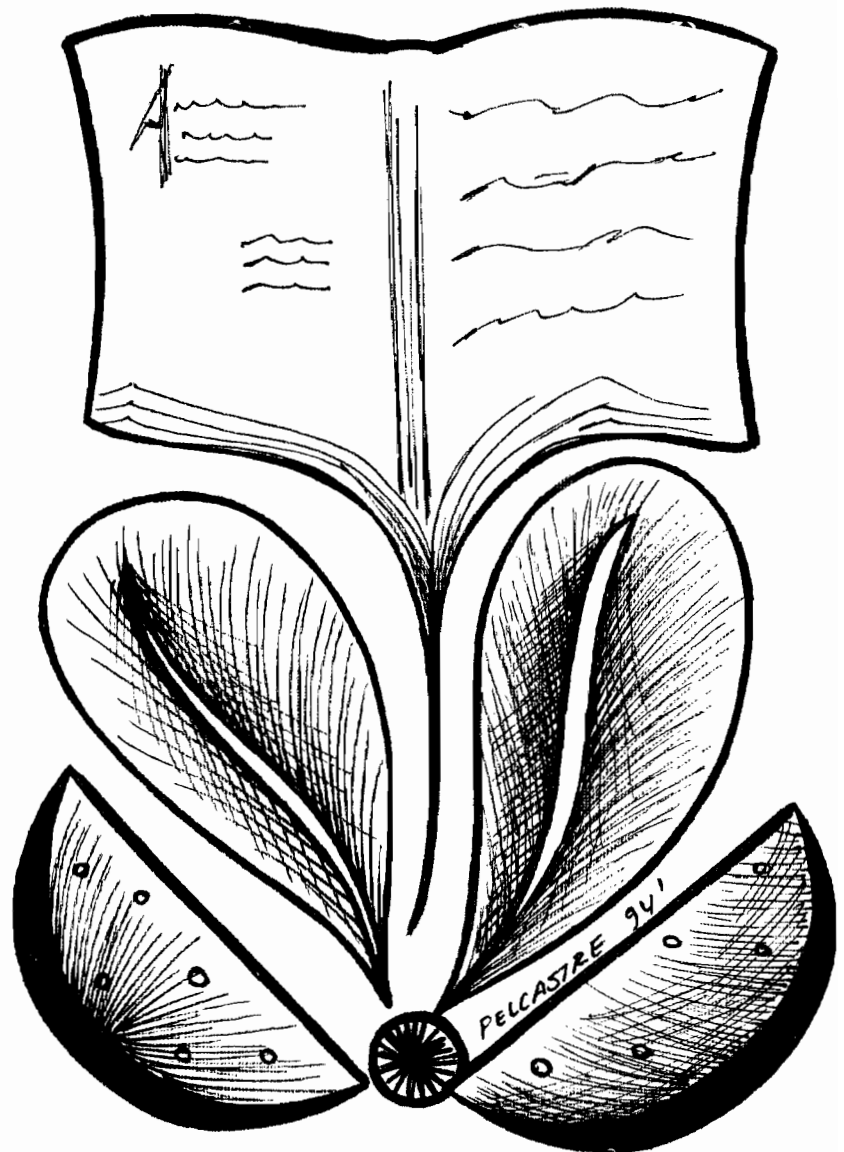
fuerzas opuestas al cumplimiento de los objetivos fundamentales de la Revolución Mexicana y al gran capital nacional ligado al imperialismo.

Si Mora vio en la desamortización y la creación de un enorme ejército de pequeños propietarios el avance del país, Lombardo luchó por el reparto agrario para fortalecer, principalmente, al ejido y, en particular, al ejido colectivo, pues como lo comprobó personalmente al dirigir la lucha y el reparto agrario en La Laguna, en Lombardía, en Nueva Italia y en otros lugares, sólo el trabajo colectivo garantiza el verdadero desarrollo del país.

Mientras Mora luchó por el respeto a los derechos individuales, Lombardo puso mayor énfasis en los derechos sociales; no es que negara los otros, que no los valorara, pero entregó la mayor parte de sus esfuerzos a la organización campesina, obrera y cooperativista.

Mora, como ya lo afirmé, influyó en el cierre de la Real y Pontificia Universidad de México, lo que ocurrió en 1833, pues la consideraba como un simple instrumento del clero para eternizarse en el poder.

Lombardo, en los años 20 de este siglo, consi-



deraba que la Universidad Nacional de México servía a una sola clase: a la burguesía. Por eso encabezó la propuesta de darle una profunda transformación, basada en los principios del socialismo científico, lo que se aprobó en el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, en 1933. La propuesta de Mora duró sólo unos meses, pues en 1834, la reacción, encabezada en esa ocasión por Santa Anna, reabrió la Universidad y derogó todas las reformas promulgadas por don Valentín Gómez Farías.

En tanto que la reforma de la Universidad, propuesta por Lombardo y aceptada por la mayoría de los universitarios, no se pudo instrumentar por la respuesta violenta de los grupos reaccionarios de ese momento.

La acción de Lombardo fue más amplia que la de Mora, por varias razones: primero, porque vivió más años; segundo, porque Lombardo tuvo una práctica más temprana en su vida y, tercero, porque Mora tuvo que marcharse al extranjero a partir de 1834 y vivió de lejos el desenvolvimiento del país, principalmente desde París, donde murió en 1850. En tanto Lombardo actuó toda su vida en México, aunque también en el extranjero, hasta su muerte en 1968.

Dos hombres que vivieron y actuaron en dos siglos diferentes; en dos Méxicos diferentes; en dos niveles de desarrollo diferentes. Mora, en medio de la estructura semifeudal y esclavista; en el proceso de construcción del Estado-Nación en México; en los momentos

que la Revolución Industrial tenía amplias repercusiones en el mundo; en un mundo en que la burguesía era la fuerza revolucionaria fundamental.

En tanto, Lombardo, en el momento en que se desmoronan las estructuras semifeudales y esclavistas en México; en un México en el que se fortalecen las relaciones burguesas de producción, pero en el marco en el que presenta una grave crisis del capitalismo mundial por la pugna interimperialista; en un mundo en el que surge el primer Estado Socialista y todo en un mundo con ese sistema. En un mundo en el que el capitalismo ya no es la esperanza de una vida mejor. Dos hombres de su tiempo, consecuentes con las mejores causas y las más nobles aspiraciones. Dos mexicanos excepcionales.

1. Luis Mora, José María, México y sus Revoluciones, Edit. Porrúa, México, 1977, tomo I, p. 453.
2. Luis Mora, José María, Obras Seltas, Edit. Porrúa, México, 1963, segunda edición, p. 61.
3. Luis Mora, José María, Op. cit. p. 67.